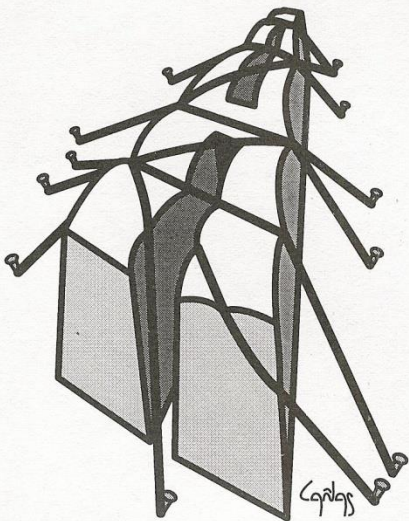


EL AULA, VIVENCIAS Y REFLEXIONES

EDUCERE



HABLAR Y ESCRIBIR BIEN

RAMÓN JÁUREGUI

Universidad de Los Andes



enseñar a hablar y a escribir “bien” ha sido y es, sobre todo en nuestros días, una preocupación “vital” para los profesores de todos los niveles de la educación oficial e, incluso, para los padres y representantes de los alumnos. Es tanta la preocupación en este sentido, que con frecuencia aparecen artículos especializados en el tema mostrando lo “mal” que se habla y escribe el castellano en nuestro país, preocupación señalada ya por Simón Rodríguez (1771–1854) en la primera mitad del siglo pasado cuando decía: “enseñese a hablar la lengua de los castellanos” (Rodríguez, 1975: I. 268), porque “una palabra con el tono de otra usurpa su sentido” (Rodríguez, 1975: II. 84), y proponiendo para esto que los maestros fueran españoles...

Pero, pese a todas estas preocupaciones, ¿qué se quiere decir cuando se afirma enfáticamente que hay que enseñar a los jóvenes a hablar y a escribir “bien” nuestro idioma? ¿Será que nuestros jóvenes no saben hablar el

castellano y que cuando se comunican lo hacen en otro idioma? Para tratar de esclarecer estos dos conceptos de “hablar y escribir” y, sobre todo, de “bien”, vamos a comenzar por el principio, es decir, con base en qué parámetros se afirma que se habla o escribe bien o mal el castellano, porque para poder afirmar que algo está bien o mal tiene que tenerse un modelo que se supone es “bueno y digno de ser alcanzado”.

Para esto podemos partir de “dos” principios diferentes. El primero, el más usual y “falso” es el de afirmar que se habla o escribe bien teniendo presente una “comparación” con unos parámetros que se ponen como “buenos”. Todo aquél que se aproxime a estos parámetros “habla o escribe bien” y, lógicamente, quien se aleje, mal. Estos parámetros los inventan personas muy preparadas y que tienen un “excelente” vocabulario (habría que discutir qué significa excelente vocabulario, discusión que la dejamos para otro ocasión) y, quizá, aunque no siempre, una mejor pluma. Pero estos parámetros son “externos” al lenguaje e ideados por personas que tienen “poder” porque pertenecen a la Academia de la Lengua que, parafraseando el lema de la lengua española, “limpia, brilla y da esplendor” aunque jamás he logrado saber ni

qué limpia, ni qué hace brillar ni a qué le da esplendor.

El segundo principio va a la base de la lengua y la escritura y es lo que en una frase muy sencilla nos dice Rodríguez: “el dogma de cualquier lenguaje es hablar para “entenderse” (Rodríguez, 1975: I. 265), porque “las palabras son medios y las frases modos de comunicar ideas” (Rodríguez, 1975: II. 424) o, dicho de otra manera, el lenguaje es un medio de comunicación inventado por los hombres y que sirve para que se “comuniquen” (valga la redundancia) entre sí.

Y la “escritura es tan importante como la palabra y lo es más” (Rodríguez, 1975: II. 25), porque “leer es resucitar ideas sepultadas en el papel: cada palabra es un epitafio: llamarlas a la vida es una especie de milagro y para hacerlo es menester conocer los espíritus de los difuntos, o tener espíritus equivalentes que subrogarles, un cuerpo con el alma de otro, sería un disfraz de carnaval; un cuerpo sin alma sería un cadáver” (Rodríguez, 1975: I. 243). Por eso “leer es el último acto en el trabajo de la enseñanza” (Rodríguez, 1975: I. 243).

Si concebimos el leer y el escribir desde el punto de vista de “medios de comunicación” entre las personas y no como fines en sí mismos, una persona habla y escribe “bien” si es capaz de comunicarse correctamente con los demás. En este caso no importa la forma externa con que lo hace, que es algo superfluo, sino de que cumpla el “fin” para el que está ideado que no es otro que el de comunicarse y si logra este objetivo hay que afirmar tajantemente que “habla y escribe bien”.

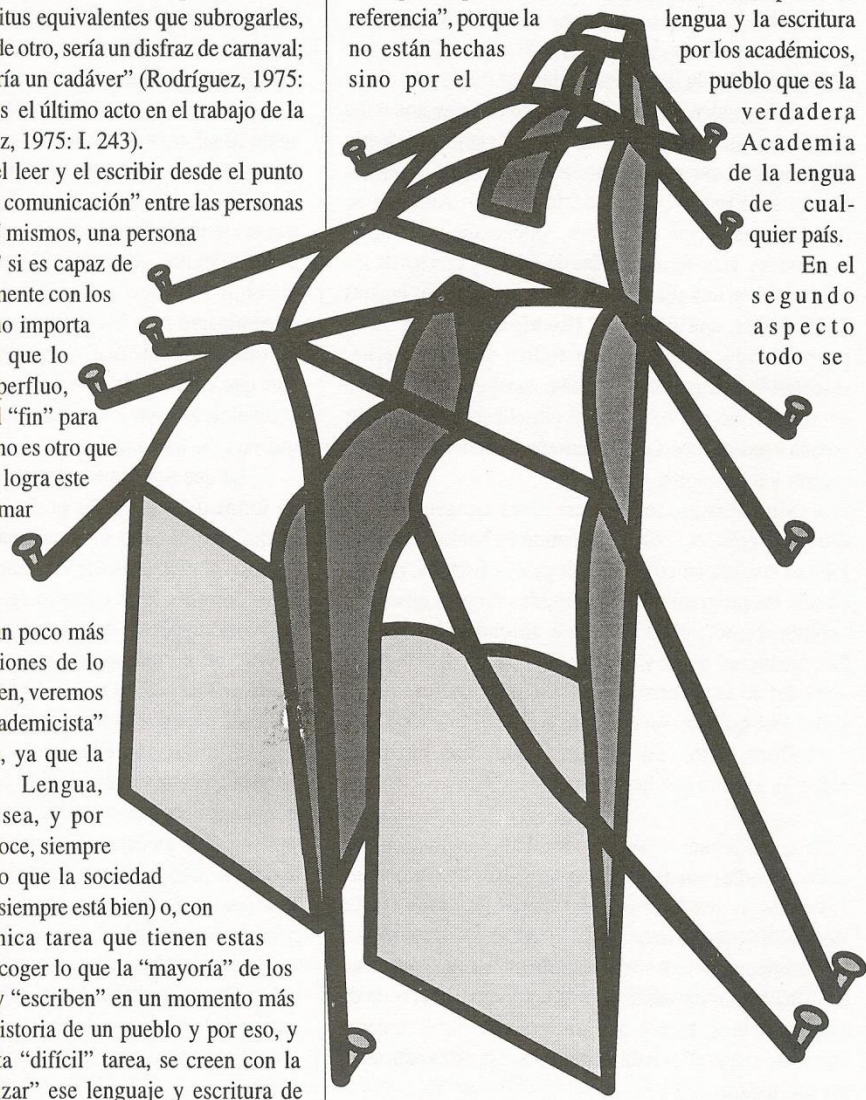
Si ahondamos un poco más en estas dos concepciones de lo que es leer y escribir bien, veremos que la primera es “academicista” e, incluso, retrógrada, ya que la Academia de la Lengua, cualquiera que ella sea, y por mucho prestigio que goce, siempre va a “remolque” de lo que la sociedad “habla o escribe” (que siempre está bien) o, con otras palabras, la única tarea que tienen estas Academias es la de recoger lo que la “mayoría” de los ciudadanos “hablan” y “escriben” en un momento más o menos largo de la historia de un pueblo y por eso, y sólo porque hacen esta “difícil” tarea, se creen con la autoridad de “oficializar” ese lenguaje y escritura de

“todos” y abrogarse la facultad de “decidir” quien habla y quien escribe “bien o mal”, sin caer en la cuenta de que casi siempre lo hacen cuando ya o esas palabras o esa escritura no se usa y porque han aparecido otras palabras nuevas que no han podido “oficializar” porque su tarea es ir siempre “detrás” de la historia.

En el fondo, estos Académicos, tiene la ilusión de creer que son ellos quienes hacen y conservan la lengua y para eso inventan nombres, verbos... en fin, la gramática que tan pernicioso es cuando se enseña en las escuelas en vez del “lenguaje”, como tendría que ser si queremos que los jóvenes lean y escriban “bien”...

Por eso uno no puede fiarse, para saber si un pueblo habla bien o mal, de lo que las Academias afirman. Lo más que se puede hacer es tomarlas como “punto de referencia”, porque la lengua y la escritura no están hechas por los académicos, sino por el pueblo que es la verdadera Academia de la lengua de cualquier país.

En el segundo aspecto todo se



complica, porque si el lenguaje, como bien dice Simón Rodríguez, es un medio de comunicación, un “instrumento” del que nos valemos para comunicarnos, nos vamos a encontrar que dentro de un mismo país existirán “diferentes” dialectos del mismo idioma, sin olvidarnos de los tonos con que se pronuncian las mismas palabras o la velocidad con que se habla (me estoy acordando del acento y velocidad con la que hablan los andinos frente a los orientales...), dialectos muy parecidos entre sí, pero no iguales del todo. Incluso el campesino tiene “su” vocabulario propio al igual que el “ciudadano” de una gran ciudad o el médico o el abogado, etc. Ante estas diferencias de lenguaje cabría preguntarse ¿quién habla bien y quién mal? O, lo que es igual, ¿alguno de ellos, el campesino o el citadino, habla mejor que el otro el castellano?

En estos casos lo que hay que hacer es dejar que cada región “hable” su dialecto y buscar “un” vocabulario “común” a todos dentro del cual todos nos podamos entender, pero sin afirmar jamás que el campesino habla mejor o peor que el citadino. Esta idea ya la proponía Simón Rodríguez cuando decía que “en América se reúnen estas sectas (catalanes, valencianos, gallegos, andaluces y vizcaínos), con las de África y con las de los indios forman una aljama castellana, y en algunos lugares de las costas, una algarabía” (Rodríguez, 19 : I. 324), proponiendo que para que todos se entendieran, respetando sus particularidades, existiera una lengua común que no era otra sino el castellano que, para ser común a todos, debería de ser enseñada, como se ha dicho ya, por los españoles.

Sin embargo, todas estas ideas tan sencillas de distinguir entre el verdadero sentido de hablar y escribir bien se confunden cuando se llega a la Escuela, porque en ella los programas están pensados no para enseñar a “comunicarse”, sino para que aprendan lo que los “Académicos” dicen y lo que ellos “dicen” que hay que aprender no es el comunicarse sino la gramática, que en nada tiene que ver con el hablar o el escribir bien o mal.

Con esto en mente podemos afirmar categóricamente que la escuela:

a.- en primer lugar está concebida para los niños de la clase media o media alta y alta, con lo que ya de entrada los niños de los barrios y del campo están en franca desventaja porque tienen “su” dialecto diferente al que se les impone en la escuela lo que hace que su aprendizaje se dificulte porque además de aprender toda una serie de conocimientos, tienen que hacerlo en “otro” dialecto diferente al que ellos hablan y en el que se están educando en sus hogares.

b.- en segundo lugar y como refuerzo de lo anterior, los maestros creen que hablan “mejor” que sus alumnos y por eso tratan de imponerles “su” lenguaje afirmando, para más ñapa, que el lenguaje que sus alumnos utilizan es “malo” y que tienen que mejorarlo para, así, “hablar bien”.

c.- esta actitud de los maestros hace que muchos jóvenes de las clases más desposeídas o abandonen la escuela o se sientan “mal” consigo mismos y con sus padres porque creen que “no hablan bien” el castellano, acentuando su sentimiento de inferioridad social.

Lo malo es que todo lo anterior es verdad y falso al mismo tiempo. Es verdad porque eso es lo que se les dice e inculca en las escuelas y es falso porque nadie, como se ha dicho al principio, habla mejor o peor que otro, siempre y cuando sepa entender y hacerse entender por los demás. Lo más que podríamos decir es que “hablan diferente”.

Lo que hay que hacer cuando se cree que un niño habla “mal” es ver si ese hablar mal obedece a un defecto “físico” sea de audición, dicción, etc. analizar cada caso “objetivamente” dentro del medio en el que el niño vive y si es cierto, darle los instrumentos para que ese defecto físico, si existe, se corrija. Si dentro de su medio y sin problemas físicos, el niño tiene problemas para comunicarse con los demás compañeros, habrá que afirmar que habla “mal” y en este caso hay que ayudarlo para que supere el defecto físico que le impide una buena comunicación con los demás. Sólo así se podrá afirmar que un niño habla mal.

Lo que tiene que hacerse cuando los niños hablan de forma diferente a los profesores o a lo que la clase “cultura” impone como “buen” hablar, es comenzar por “aprender” el dialecto de sus alumnos y luego enseñarles “dos” idiomas (más correcto sería decir dos dialectos), uno para cuando quieran estudiar y otro cuando quieren “vivir” en su medio, sin que en momento alguno el maestro diga cual es mejor. Los dos son “mejores” pero depende para qué lo son.

Con respecto a la escritura sucede algo parecido aunque con otros matices. Si la escritura está hecha para comunicarse es bueno que los “signos” que se utilicen para aprisionar en un papel el lenguaje oral sean “comunes” a todos no porque esa sea la “única” forma de escribirse, sino porque es la mejor manera de comunicarse a lo largo y ancho no sólo del continente, sino de la historia.

Por eso la ortografía es convencional pero no arbitraria, en el sentido de que se hace para “comunicarse” mejor todos los que desean resucitar las ideas que se imprimen en un papel. Se escribe así porque así se ha

decidido hacerlo para poder “conocerse” mejor. Y la enseñanza de la ortografía tiene que ser concebida como un instrumento “necesario” para la buena comunicación entre los seres humanos mientras no se decida “comunitariamente” cambiar los signos y la ortografía. Y se escribe bien o mal según su lectura sea “fácil o difícil” para aquellas personas a las que va destinada. Y para eso, para poder comunicarse más fácilmente, hay que tener “buena” letra y en la actualidad se prefiere escribir a máquina, pero no para que el maestro les ponga un veinte o un uno sino para entenderse mejor. La ortografía no tiene valor alguno en sí misma sino en relación con los demás a quienes va dirigida esa escritura.

Como ejemplo pregunto qué es más fácil leer ⁽¹⁾: oi e hido ha pasear hi a yobido mucho, o: hoy he ido a pasear y ha llovido mucho. En realidad las dos frases suenan “igual”, pero la costumbre hace que la primera frase me cueste mucho leerla no porque esté bien o mal escrita, sino porque se acostumbra a escribir de la segunda forma y, por eso, porque quiero que me lean con facilidad, sigo la costumbre que el día de mañana pudiera ser otra.

De esta manera, hablando diferente y escribiendo

diferentes el latín dio origen a otros idiomas y es una lástima, el que respetando los diferentes idiomas nacidos del latín, no se hubiera conservado este idioma que haría que la comunicación entre los europeos, por ejemplo, fuera mucho más fácil, porque con “dos” idiomas todos se entenderían.

Y esto es lo que hay que enseñar a los niños en relación al lenguaje oral y al escrito. Que ambos son instrumentos cuyo único fin es el de “entendernos” y que un buen lenguaje o una buena ortografía es buena o mala en la medida en que nos ayuda a comunicarnos mejor y no porque existan reglas impuestas por los académicos de la lengua.

Puedo concluir afirmando que hablar o escribir “bien” no existe en forma “objetiva”. Todo es subjetivo y depende de cómo me entiendan los demás. Si me entienden bien, sea hablando o escribiendo, lo hago muy bien. Pero si hablando un castellano exquisito mis interlocutores “no” me entienden, debo concluir que hablo mal, muy mal, porque no he sido capaz de hacerme entender, que es en definitiva el fin de todo lenguaje (E)

NOTAS

(1) Cuando el novelista García Márquez propuso la eliminación del castellano de las consonantes similares (hecho ya propuesto siglo y medio antes por Simón Rodríguez) le envié un e-mail preguntándole cómo se tenía que escribir su nombre si con s o con z o con c. Por supuesto que jamás lo respondió, lo que mostraba la inutilidad de empezar un nuevo idioma.

BIBLIOGRAFÍA

RODRÍGUEZ, Simón. (1975) *Obras Completas*. 2 Tomos. Caracas: Universidad Simón Rodríguez